

LA INTELLECTUALIDAD LIBERAL EN EL POST-STRONISMO
Los casos de Guido Rodríguez-Alcalá y Carlos Villagra Marsal

Mario Castells (Letras, UNR)
Carla Benisz (Letras, UBA)

Introducción

Hay un consenso general, canónico diría -si existiese un canon para la literatura paraguaya-, que establece que la preponderancia de los avatares históricos sobre la literatura de este país es constitutiva de la misma. El aislamiento de Paraguay, debido a esas lamentables circunstancias políticas y a sus características geográficas de mediterraneidad, ha hecho del país el menos conocido quizás de toda la América Latina. No obstante, la verdad es que, a veces, muchos críticos literarios (nacionales y extranjeros) han exagerado para mal, de forma interesada, la preponderancia de estos sucesos, mintiendo abusivamente con la fórmula probada, más cercana a la verdad. Lo cierto es que también ha faltado en ellos, históricamente, el resorte de la curiosidad.

De resultas, partiendo desde esas bases, y como afirma Antonio Carmona, la historia es la estrella de la literatura paraguaya, tanto cuanto se trata de investigación como cuando se entra en el terreno de la ficción. Esto ha hecho que muchos críticos de carrera, coaligados con algunos fieles exponentes del cipayismo cultural paraguayo (conocidos en la jerga nacional como “legionarios”), re-escriban en clave político-ideológica pseudo-científica, tendenciosa hasta los tuétanos, una historia maniquea, plagada de embustes y medias verdades. Y la forma de reconstruir esta tradición legionaria que tuvo hegemonía en tiempos de las sangrientas dictaduras liberales, ha sido mediante el ataque de los postulados (de por sí, frágiles y poco serios) del revisionismo histórico; una ecuación repetida, según la cual para destruir un pensamiento, una tradición, hay que buscar el segmento más débil, más vacuo y epigonal del mismo. Hoy perdieron cualquier rasgo de verosimilitud los bronce oxidados levantados por el publicista colorado Juan E. O’ Leary, con meros fines celebratorios; de modo que allí comienza la empresa de denigrar la historia del Paraguay que más acabadamente puede catalogarse de independiente y soberano, llevada a cabo por escritores que se no reconocen herederos de ella, sino de quienes se proclaman sus víctimas. El objetivo es legitimar la adopción de una línea histórica, la liberal, a partir de su oposición respecto de esa otra línea que se construye con una asociación simplista, la que agrupa a los gobernantes ya mencionados del siglo XIX y la dictadura de Alfredo Stroessner, que sólo reivindicó en lo simbólico y a modo de cotillón nacionalista una herencia de la que, en los hechos, se distanció radicalmente.

La era liberal

El Estado paraguayo fue organizado inmediatamente después de la guerra de la Triple Alianza con élites procedentes de los dos campos bajo el control de los vencedores: opositores a López que habían hecho la guerra bajo la bandera argentina, y partidarios de López quienes, hechos prisioneros por los brasileños, fueron luego colocados al poder por estos últimos para equilibrar la relación con el aliado argentino. Mediante el decreto del 17 de agosto del 1869 del Gobierno provisional, Francisco Solano López es despojado de la nacionalidad paraguaya y declarado "asesino de su patria y enemigo del género humano". Así pues, el Estado y las élites políticas instalaron en el espacio público la representación de la guerra de los vencedores, denunciando sobre todo la tiranía y la locura de López, haciéndole llevar la responsabilidad del "naufragio nacional". Él y sus antecesores habrían mantenido el Paraguay en un estado de barbarie. En consecuencia, la guerra, finalmente, habría permitido a los paraguayos engancharse al tren de la modernidad. Concentrar todas las responsabilidades sobre el jefe fallecido era para las élites

resultantes de los dos campos una lectura cómoda que les evitaba todo examen de conciencia y les permitía callar sus desacuerdos.

La era liberal abraza las primeras décadas del siglo XX y en ella se sucedieron revoluciones, una estela de presidentes asesinados o con sus mandatos inacabados y, como detrás de escena, una seguidilla de enfrentamientos facciosos. A grandes rasgos, la inestabilidad político-institucional del Paraguay que legó la Guerra Grande se entiende dentro de un movimiento pendular que caracterizó el campo de fuerzas en el que disputaban su hegemonía sobre el país vencido, Río de Janeiro y Buenos Aires.

Sin embargo, por debajo de este campo de fuerzas, se encontraba otro Paraguay anónimo pero más verdadero, el de los yerbales, que Rafael Barrett había descrito por primera vez en sus manifiestos de dolor y asco –*El dolor paraguayo* y *Lo que son los yerbales*– cuando narró con detalle minucioso la explotación de los mensúes por la Industrial Paraguaya y construyó el documento histórico más importante para entender la era liberal, reivindicada por sus vástagos como un paraíso democrático y una promesa de prosperidad saqueada por las siguientes décadas de coloradismo. Valga una muestra de su prosa:

Un hecho notable, de que algunos se felicitan, es la resistencia del obrero paraguayo, demostrada en los obrajes y en los yerbales, donde se la explota a fondo, mientras que la mano de obra resulta inferior y más cara en tareas menos rudas. No es este el lugar de describir el infierno de la esclavitud yerbatera, atizado por compañías riquísimas, que para aumentar sus criminales lucros han inventado el sistema de la deuda forzosa e inamortizable, bajo la cual sucumben, prisioneros año tras año, los infelices trabajadores. Un sistema análogo se adopta en las casas de baja prostitución. (Barrett 1978: 76).

El caso de Guido Rodríguez-Alcalá

Guido Rodríguez-Alcalá es en la actualidad uno de los escritores paraguayos más cotizados en el ambiente editorial. Su reciente novela *El peluquero francés* desbordó los niveles acostumbrados de venta y ya antes había ganado el Premio de Novela Inédita “Lidia Guanes” 2008, con un jurado compuesto por los escritores paraguayos Alcibíades González del Valle y Osvaldo González Real y de la española Carmen Posadas. Pero además, la novela es consecuente con toda su obra literaria y ensayística, la cual destaca otros títulos como *Justicia penal de Francia* (1986), *Caballero* (1986), *Ideología autoritaria* (1987), *Caballero Rey* (1988), *Residentas, destinadas y traidoras* (1989) o *Velasco* (2002), por sólo nombrar una parte, la más importante, de ella.

Su obra se caracteriza, como casi toda la literatura paraguaya, por su obsesión por la historia, pero en este caso es aún más agudo el efecto de lectura que hace pie en esa obsesión, ya que genera en el lector una sensación no de repetición, sino de profundización en una serie de temáticas que remiten siempre a los gobiernos de los *grandes hombres* del siglo XIX, Francia y los López. Hasta aquí no sería nada nuevo para las letras paraguayas, las cuales históricamente se han alimentado y retroalimentado de la idealización de los gobernantes del siglo XIX. Sin embargo, nada más alejado de las intenciones de Rodríguez-Alcalá. Lejos de adscribir a la línea revisionista romántica, se empeña en derribar los grandes mitos históricos del patriotismo paraguayo, aunque se lleve puesto en el intento casi un siglo de investigaciones históricas. A causa de estas intenciones tan marcadas en su obra, el crítico español José Vicente Peiró Barco (2001: 957 y ss.) lo calificó como el iniciador de una narrativa histórica crítica. Esta lectura no sólo hace abstracción de una tendencia ya tradicional en la literatura del Paraguay, sino que asume a este “contra-revisionismo” de Rodríguez-Alcalá como el fundador de una nueva verdad histórica.

Las novelas de Rodríguez-Alcalá utilizan con ingenio los procedimientos de la novela histórica para dejar en claro la visión que subyace, la del autor. Entre estos procedimientos donde está puesto el mayor empeño es en la construcción del punto de vista. Tanto su primer novela, *Caballero*, como la última, *El peluquero francés*, están narradas en primera persona por sus protagonistas, los cuales utilizan a discreción esta preeminencia en el discurso para contar y ocultar al mismo tiempo, entrenando al lector en la suspicacia y la sospecha. De modo que estamos ante narradores poco

creíbles, pero entre los cuales podemos establecer una diferenciación. *Caballero* es la ficcionalización de lo que serían las memorias del líder y fundador del partido Colorado, Bernardino Caballero, pero ya desde el epígrafe, el autor determina la orientación con la que debe ser leído el testimonio; allí reza: “Al Lazarillo de Tormes, respetuosamente”. El personaje entonces está de antemano inscripto en la tradición de la picaresca, de modo que su relato ya se encuentra desacreditado desde el comienzo y la ambigüedad, elipsis y medias tintas de su relato funcionarán para impulsar la sospecha.

En el caso de *El peluquero francés*, el narrador es Jules Berny, personaje también histórico, aunque marginal, pero que permite a la novela el recorrido por la Asunción de Carlos Antonio López. Configura entonces una sociedad que actúa bajo una especie de baile de máscaras donde todos tienen algo que ocultar, los diálogos raramente son directos y los sirvientes son siempre espías que alimentan el panóptico del Supremo Gobierno, éste está al tanto ya sea de las novedades políticas como de los últimos chismes de sociedad. La narración de un extranjero nuevo en América del Sur y acostumbrado a las delicias parisinas, pero lo suficientemente audaz como para juzgar a la sociedad asuncena, verosimiliza una historización totalmente arbitraria, donde no existen clases en pugna sino buenas y malas personas, honrosas víctimas y déspotas perversos. Los personajes de los López resultan bastante acartonados; Carlos Antonio está lejos del estadista que intentó sentar las bases de un Paraguay moderno y su transición al capitalismo, mientras que su hijo parece anticipar –en la visión de Berny– la imagen que de él legará la historia de los vencedores.

Es evidente que la novela histórica funciona para Rodríguez-Alcalá como un espacio donde seguir polemizando el discurso histórico y deconstruir la línea revisionista. De todos modos, esta deconstrucción queda también pegada al discurso que quiere criticar. Para sentar las bases de este supuesto historicismo crítico, Rodríguez-Alcalá hace del siglo XIX un bloque compacto (como lo concibe el revisionismo lopizta más básico aunque –claro está– con los valores invertidos), en el que los gobiernos de Francia y los López parecen un *continuum* despótico, cuya consecuencia fatal es el genocidio de la Triple Alianza, de modo que los países aliados quedan absueltos de la culpa mayor por la masacre; ésta recae básicamente sobre los hombros de la megalomanía del mariscal Solano López y el espíritu de rebaño que casi un siglo de dictadura impregnó sobre el pueblo paraguayo. Quienes sí resultan descritos positivamente en la novela son ciertos miembros del patriciado, muchos de los cuales –lo sabemos a veces por la novela, otras por los hechos históricos posteriores– serán pasados por las armas por el mariscal bajo la acusación de traición, mientras que otros le hicieron justicia al mote y contribuyeron en la organización de la Legión Paraguaya.

Despojado de la voz de cualquier personaje, el autor firma su versión de la historia en un de sus trabajos ensayísticos: “Si bien los aliados cometieron crímenes contra la población civil, es posible que en eso le hayan ido a la zaga del Mariscal Presidente, que asesinó a muchos e hizo lo posible para que muriera gran número de personas con una serie de medidas irracionales como las evacuaciones forzadas de muchas poblaciones y la confiscación y destrucción de cosechas y ganados” (Rodríguez-Alcalá 2007: 24). Concluye luego:

El calificativo de Nerón para López quizás cuadre más con la concepción decimonónica que con la actual. Yo pienso que la comparación más adecuada sería la de López y Hitler, guardando las debidas diferencias entre el dictador de un pueblo rural y la de un pueblo industrial (sic). La semejanza está en la movilización total para la guerra total que ambos hicieron, cada cual dentro de sus posibilidades. Pienso que no sería descaminado considerar a López un precursor del totalitarismo moderno, encarnado ejemplarmente por Hitler. Romanticismo, voluntarismo y paranoia definen las personalidades de los dos tiranos, y no es casual que el fascismo, al popularizarse en el Paraguay (en versión criolla, desde luego), haya reivindicado la figura de López, censurado por sus víctimas y cómplices. (Rodríguez-Alcalá 2007: 30)

El caso de Carlos Villagra Marsal

Carlos Villagra Marsal es poeta, aunque en 1965 publicó una *nouvelle* que se encuentra entre sus obras más logradas, *Mancuello y la perdiz*. La *nouvelle* trata de un relato enmarcado, un peón de

estancia le relata al hijo del patrón la historia de Mancuello, un gaucho malo que asolaba con sus arbitrariedades a la buena gente del pueblo. La narración introduce eficazmente elementos del acervo oral de la cultura popular del Paraguay rural, además de hacer un magnífico juego con el lenguaje, en el que el autor intentó introducir, no el guaraní en sí, sino parte de su cosmovisión y musicalidad. De todos modos, aunque la obra parezca alejada de los debates a los acostumbra Rodríguez-Alcalá, también en *Mancuello y la perdiz* encontramos una entrada al pensamiento político del autor. En esa clave la leyó Ariel Dorfman:

Hay un hecho evidente: un hombre, Mancuello, tiraniza a muchos, situación que se ha repetido en Paraguay durante toda su vida independiente. Otro hecho evidente: los hombres oprimidos son incapaces de librarse de la tiranía. Todos son vencidos; hasta las autoridades como el juez, el sacerdote, el intendente. La solución que proponen es mesiánica: piden a Dios que los libere de Mancuello. Y Dios cumple. Llega el ser angelical, perfecto, revestido de todas las virtudes máximas del paraguayo: sabe luchar, bailar, contar chistes, es cortés, sin dejar de ser macho, silencioso, seguro de sí mismo. Es el encargado de terminar con Mancuello (cit. por Peiró Barco 2001: 742)

A esta línea de interpretación, Peiró le agrega lo siguiente:

El arriero intenta aleccionar al niño en “lo que está bien” para que cuando herede la estancia de su padre no se comporte como el tirano habitual en la política paraguaya, del que Stroessner es una consumación máxima. Así la obra puede entenderse en el contexto paraguayo de 1965 como una alegoría que interpreta la situación social del Paraguay anclado entre estructuras tradicionales, donde abunda el caudillismo y el miedo a las gentes, incapaces de reaccionar ante quien les coarta la libertad y les impide convivir en paz, y esperan la llegada del Mesías que los libere. Pantaleón Mancuello representa al individuo que aprovecha la violencia para imponer su poder absoluto, y desde su ignorancia y brutalidad dominar tanto al estanciero, sobre todo de ideología más liberal, como al campesino. Ello puede extrapolarse a lo que ha sido la evolución del país desde su independencia. De esta forma, hay una solución optimista y mesiánica de la historia, porque se defiende la convivencia pacífica de todas las clases sociales y la necesidad de desterrar la violencia como lacra que ha empañado la vida colectiva del país. Quizás por eso no molestó a Stroessner. (Peiró Barco 2001: 743)

Así como la narrativa y la ensayística de Rodríguez-Alcalá mostraban por igual el basamento ideológico del autor, en el caso de Villagra Marsal, su *nouvelle* sirve también como punto de partida para adentrarse en su pensamiento político.

Villagra Marsal es miembro orgánico del Partido Liberal Radical Auténtico y de fue miembro también de la CEPAL. Pero además su visión de la historia paraguaya tiene la misma estructura que simbólicamente transmite su relato: la historia es para Villagra Marsal una extensión de su álbum familiar y la utopía social, cortada -también para él, como para Rodríguez-Alcalá- por décadas de coloradismo, estaría representada por la relación armónica entre patrones y subordinados, posible en el régimen del buen estanciero liberal. Sus crónicas periodísticas dan cuenta de estos anhelos, incumplidos por incumplibles dado que se sustentan en la irrealidad de la convivencia pacífica de las diferentes clases sociales. Así comentaba el triunfo electoral de Andrés Rodríguez, primer presidente elegido por las urnas tras derrocar a Stroessner:

Tenemos nuevo gobierno, y aunque se supone que las estructuras de poder y una porción de sus ejecutantes no cambien ostensiblemente respecto a los noventa días anteriores, tengo por cierto que el poder legislativo, hoy compuesto en buen parte por probados defensores de la dignidad del pueblo y hombres de buena voluntad en el amplio sentido evangélico, va a entablar el faenoso y espléndido rescate de los nobles yacimientos de nuestro país, abismados pero no perdidos, junto a la dirigencia de los movimientos campesinos, de la juventud, “como el diamante clara, como el diamante pura”, de la clase obrera y de las agrupaciones políticas, para que la patria escudriñe el futuro siquiera con los ojos límpidos. (Villagra Marsal 1991: 35-36)

Esos “nobles yacimientos” Villagra Marsal muy probablemente los encuentre en la era liberal, haciendo de ella su propia edad de oro, casi al modo de los personajes casaccianos, aunque sin el

cinismo característico de Gabriel Casaccia, sino con la creencia convencida de que aquella época fue un modelo de democracia y progreso. Otra de sus crónicas testimonia esa nostalgia de Edén perdido; no es casualidad que se trate precisamente del relato de vida de uno de los peones que trabajan para él:

La casa de Vicente está frecuentemente visitada por el cariño o la necesidad de los hijos circundantes, así como por el alborotado revoloteo de los numerosos nietos, bajo el amparo del hogar ya abrahámico. Zárate, por lo demás, es lo que en la campaña se conoce como *mborihuryvatâ* (pobre-satisfecho) (...)

En el curioso de su vida, Zárate dejó muy pocas veces el sitio de su nacimiento; cuando era más joven, se encaminaba a la “cochesa” del algodón cada año, en diferentes departamentos de la República; llegó a recolectar, en su mejor época de trabajador a destajo, más de 140 kilos diarios del copo blanco. Hasta hoy habrá bajado a Asunción una docena de ocasiones a lo sumo, siempre empujado por alguna obligación puntual. Resta añadir que mi casero es liberal, de una pieza y sin concesiones. Su padre lo fue y él se afilió al partido en su adolescencia, en un acto tan natural como el de una mata de guayabo que sazona en guayabas y no en otro fruto.

Al través de esta simple, sucinta y a un tiempo completa biografía, he querido atestiguar que es perfectamente apropiado calificar a Vicente Zárate como un paradigmático habitante de la zona – todavía silvestre a Dios gracias. (Villagra Marsal 1991: 99-100)

El relato aún armónicamente diferentes etapas del ciclo vital de Zárate: el hogar feliz, el trabajo a destajo, la naturalidad de su carácter y el ambiente edénico en el que se movió sin llegar nunca a corromperse; de esta sucesión de características resulta un tipo rural sin fisuras y el ciudadano ejemplar de la utopía social de Villagra Marsal. Claro que este “personaje” es construido haciendo abstracción de cualquier contradicción al modelo; el trabajo a destajo, por ejemplo, parece no contradecir el paraíso silvestre y de bondad que condujo a la vejez feliz de Zárate. El Paraguay rural de Villagra Marsal produce entonces un tipo de sujeto que logra convivir en concordia y felicidad con su entorno; los retrocesos, como el personaje de Mancuello en *Mancuello y la perdiz*, son meras desviaciones de una armonía social no sólo posible, sino casi directamente dispuesta por el hábitat. En el plano histórico, podríamos permitirnos la lectura simbólica según la cual, el Paraguay sería, para Villagra Marsal un edén desviado de su rumbo, antes que una sociedad que adolece de los males estructurales del capitalismo. La hipótesis contraria es la de Rafael Barrett, con quien empezamos estos comentarios, cuyo obrero sufría –sufre- la explotación del capitalismo subdesarrollado de los yerbales y entabla con su entorno una relación que no puede ser armónica desde que la tierra no le pertenece, sino que se encuentra dentro de una inmensa propiedad privada que asfixia cualquier posibilidad de minifundio; mientras que el destajo supone la laceración de su cuerpo, que Barrett describió repetidamente con destreza naturalista, y –en consecuencia- la enajenación del hombre respecto de su trabajo –el cual no le pertenece- y de una naturaleza que engrosa las cosechas que enriquecen al capitalista.

Bibliografía citada:

- Barrett, Rafael (1978) *El dolor paraguayo*, Caracas, Ayacucho.
- Peiró Barco, José Vicente (2001) *Literatura y sociedad. La narrativa paraguaya actual (1980-1995)*, disponible en www.cervantesvirtual.com.
- Rodríguez-Alcalá, Guido (1986) *Caballero*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ----- (2007) *Residentas, destinadas y traidoras. Testimonio de mujeres de la Triple Alianza*, Asunción, Servilibro.
- ----- (2009) *El peluquero francés*, Asunción, Servilibro.
- Villagra Marsal, Carlos (2001) *Papeles de Última altura*, Asunción, Editorial Don Bosco.
- ----- (2005) *Mancuello y la perdiz*, Asunción, El Lector.

